

urgentes, pero inícuas, las arcas vacias del tesoro, que habia colmado Alí, y desocupado la prodigalidad del silibdar y de la sultana Validé. Negándose Kiuperli á estas violencias dirigidas contra la fortuna pública, fué destituido y desterrado al Negroponto.

Mohammed-Baltadji, mas condescendiente con las pasiones del serrallo, recobró el sello, llenó el tesoro, reunió en pocas semanas doscientos mil hombres en Andrinópolis y sus cercanías, y partió el 4º de abril de 1711 para tomar su mando. « Recuerde vuestra alteza, » dijo á Achmet III despidiéndose de su señor, « que he sido criado para cortar leña con el hacha y « no para pelear con el sable; voy á tratar de servir « con abnegacion el imperio : pero si sucumbo, no « me hagais responsable de los reveses. »

XIV

La Moldavia era el teatro de la campaña que iba á inaugurarse : el khan de los tártaros acampaba ya en ella con cien mil ginetes, aguardando al gran visir. Este khan, descontento con el griego Maurocordato,

príncipe de esta provincia, hizo nombrar en su lugar al príncipe Cantimir, que defraudó pronto la confianza de los turcos, manteniendo secretas inteligencias con los rusos. El príncipe Brancovan, por el contrario, gobernador de la Valaquia, mostró adhesion á los rusos y sirvió á los turcos; doble traicion habitual entre estos servidores perjudiciales á la política otomana, que se vengaban constantemente de su servidumbre con sus intrigas.

Pero ya el czar, avanzando con cien mil rusos, veteranos de las guerras de Suecia, y penetrando en el territorio de los cosacos, enviaba por delante á la Moldavia al príncipe Scheremetof, su mejor general, con veinticinco mil hombres y diez mil á Besarabia. Las márgenes del Pruth, rio destinado á ser teñido muchas veces por la sangre de los otomanos y de los rusos, vieron por la primera vez contemplarse de una á la otra orilla á las dos razas rivales. Pareció que la fortuna del czar vacilaba por de pronto ante la masa, la majestad y la antigüedad de las glorias de los hijos de Othman. El czar se replegó, apoyándose en bosques cuyo fondo y senderos le eran desconocidos, ante el innumerable ejército del gran visir, no atreviéndose ni á retroceder del todo para salvarse, ni á pelear desesperadamente por la gloria, y acampó en un terreno escueto y árido, no habiendo siquiera

conservado su comunicacion con el Pruth para surtir de agua á sus soldados y abrevar los caballos.

Trescientos mil turcos, valacos, moldavos, tártaros, atravesaron sin obstáculo el rio á su vista, y extendiendo sus inmensas alas en forma de media luna, al rededor del bosque, en que habia basado su retirada, lo encerraron en sus propias circunvalaciones. Antes de atacar, el leñador tenia bajo su sable al czar, al ejército y al imperio de los moscovitas. Una mujer salvó la Rusia.

XV

Suspendamos un instante la narracion de esta primera campaña entre los rusos y los otomanos para iniciar al lector en el conocimiento del nuevo pueblo y del nuevo czar, cuyo porvenir estaba en suspenso en el campo de Tremba, llamado despues el *valle desdichado*, cerca de las orillas del Pruth, y para considerar á que maravillosos azares sujeta la Providencia el destino de los imperios.

Un documento, hasta ahora incompleto y perdido

entre otros manuscritos, tesoro inexplorado de la época, que ha sacado á luz M. Teófilo Hallez, arroja sobre el czar Pedro, sobre Catalina, su querida, y luego su mujer, y sobre los acontecimientos del Valle desdichado, una luz tan extraña y brillante, que el historiador debe desaparecer ante el analista, y las declaraciones del testigo ocular deben triunfar de las conjeturas del filósofo. Querémos hablar de los manuscritos de M. Villebois, caballero francés, que llegó por una série de aventuras frecuentes en aquel tiempo, á relacionarse íntimamente con Pedro el Grande, y á mandar su marina. El interés de este documento, que vamos á citar en la parte que se roza con nuestra narracion, comienza en el asesinato de los Strelitzes, genízaros bárbaros de Moscú, que destituian y nombraban emperadores á su antojo.

Conocidas son hasta entónces las vicisitudes de Pedro el Grande, descendiente de la familia prusiana de los Romanof, elevada al trono en 1613, con Miguel Komanof, hijo de un arzobispo de Rostow y de una religiosa; hijo él mismo del segundo matrimonio del czar Alejo, exaltado al rango de czar en lugar de su hermano el imbécil Ivan, pero envidiado, perseguido y amenazado por la princesa Sofía, hermana suya, que gobernaba en realidad bajo el nombre de Ivan; grato á las tropas por su figura, su ca-

pacidad y su valor precóz; sentado en el trono á los diez y siete años á consecuencia de una sedicion palaciega que condenó á Sofía á perpetuo cautiverio en el Kremlin; casado, segun el rito de los czares, con una jóven de la nobleza que escogia en una revista de doncellas nobles; perseguidor de esta primera mujer Eudoxia, entregado á todos los vicios de la barbarie, á la embriaguéz, los deleites sensuales, la ferocidad, pero dotado de un talento que fermentaba bajo estos vicios, Pedro el Grande habia resuelto convertir una horda inmensa en una nacion.

El pueblo ruso, semejante en todo á su fundador, era digno de inspirar á su czar tal pensamiento. Esta raza esclava cuyo origen se pierde en su camino de la Tartaria al Báltico, del Báltico á la Moscovia, de la Moscovia al Oriente, como para volver á hallar su suelo natal; bárbara en el fondo, civilizada en la superficie, griega por su ingenio, supersticiosa en su culto, cosmopolita de costumbres, intrépida en la guerra, incalculable en número, esclava en sus desiertos, disciplinada en los campamentos, sediciosa en sus córtes, parecia reunir en sí todas las corrupciones de las razas envejecidas, y todas las virtudes de las razas primitivas. Con semejante pueblo por instrumento, se podia igualar en dos siglos toda la civilizacion de Europa con sus hombres de estado y

su aristocracia, ó sumergirla en un diluvio de bárbaros, disciplinados por sus siervos.

La suerte del mundo occidental ó del mundo oriental dependia del movimiento hácia el Occidente ó hácia el Oriente, que el genio de Pedro el Grande iba á imprimir á esta raza. Carlos XII, provocándolo por el Norte, decidió su marcha hácia el Báltico. La cólera y la vanidad llevarno al fundador de la Rusia á estenderse por la Finlandia, á sentarse en una capital precaria, sobre el mar de Europa, y á rivalizar en costumbres, en política, en marina y en ejército con estas potencias occidentales, cuyo contacto lisongeara su orgullo de advenedizo á la civilizacion.

Esta fué la falta de Pedro el Grande, la desgracia del Occidente y la de los rusos. Su corriente natural contrariada los llevó hácia el Occidente, capaz de rechazarlos durante muchos siglos; él los encerró en sus desiertos helados, en lugar de dejarlos seguir la pendiente de los climas y de las cosas que los llamaban con menos obstáculos y mas analogía hácia el Oriente.

Mas despues de haber juzgado la grande falta de Pedro el Grande, volvamos á la narracion de sus primeros años, de su campaña en Besarabia y del milagro que conservó á la Rusia.

XVI

Después de haber recorrido la Europa, no como un soberano que busca homenajes, sino como un filósofo que se procura lecciones y modelos de civilización, había vuelto á Moscú con el deseo de regenerar su pueblo y con la ferocidad y decisión necesarias para allanar todos los obstáculos que se opusieran á su despotismo de civilizador. El primero y casi el único era el cuerpo de los strelitzes, oligarquía soldadesca, pretorianos de barbarie, como los genízaros eran los pretorionos del fanatismo. Habiéndole escrito sus confidentes que estos soldados, dirigidos por la princesa Sofía, su hermana, se querían aprovechar de su ausencia para quitarle la corona y colocarla en la cabeza de su corruptora, se presentó inopinadamente en Moscú.

Aquí copiamos de la relacion dramática y pintoresca del documento secreto de que hemos hablado mas arriba.

« Esta noticia » dice el favorito del jóven czar, « obligó á Pedro á interrumpir sus viajes para volver

con toda diligencia á sus Estados, seguido únicamente de un corto número de personas. Llegó á Moscú sin ser esperado, y halló todas las cosas pacificadas por la prudencia del general Gordon, comandante de las tropas extranjeras.

« Habiendo sabido que los strelitzes, para activar su marcha y no incomodarse los unos á los otros, se habian dividido en dos cuerpos y habian tomado diversos caminos, Gordon, se puso á la cabeza de doce mil extranjeros reclutados y disciplinados ántes de su partida por Pedro el Grande, con los cuales, fué en busca del primero de estos detachamentos, compuesto de diez mil hombres, los sorprendió, derrotó, é hizo en ellos tal carnicería, que siete mil quedaron en el campo de batalla, y los tres mil restantes se dispersaron en diferentes provincias.

« El general Gordon, léjos de conformarse con el triunfo que acababa de conseguir sobre el primero de los dos detachamentos, marchó sin perder tiempo á buscar el segundo, compuesto de siete mil hombres; estos, informados de la derrota de sus camaradas, se habian atrincherado en una isla rodeada de pantanos; allí los envolvió, y los obligó á rendir las armas. Apenas los vió sin defensa, los diezmó. Aquellos á quienes tocó la muerte, fueron arcabuceados al momento, y los otros, conducidos prisioneros á Moscú, en donde

entraron por una puerta, al tiempo que el czar, por otro lado, llegaba allí de países extranjeros.

« Este príncipe juzgó que la ejecución militar hecha por el general Gordon era un castigo inferior á los crímenes presentes y pasados de los strelitzes. Quiso que su proceso se instruyese con las formas que se emplean con los ladrones y los asesinos, y que fuesen castigados como tales. Y en efecto, despues de haberlos sacado de diferentes prisiones donde habian sido distribuidos y encerrados á su llegada á Moscú, los reunió en número de siete mil, en un sitio rodeado de empalizadas, donde se les leyó la sentencia que condenaba á dos mil de ellos á ser ahorcados, y á los cinco mil restantes á ser decapitados, lo que fué ejecutado en un solo día, de la manera siguiente :

« Se les hacia salir de diez en diez de la cerca empalizada de que hemos hecho mencion, á una llanura, en donde se habian levantado bastantes patíbulos para ahorcar á los dos mil hombres. Estos fueron colgados por decenas, en presencia del czar, que los contaba, y de todos los señores de la córte que habia convocado para que lo acompañasen y fuesen testigos de esta ejecución, para la que se sirvió además, de los soldados de su guardia en vez de verdugos.

« Despues del suplicio de estos dos mil strelitzes, se procedió á la de los cinco mil que debian ser decapitados. Fueron, lo mismo que sus camaradas, sacados de diez en diez del recinto en que se hallaban encerrados, y de allí conducidos á la llanura en donde, en frente de los ahorcados, se habia dispuesto el número suficiente de tajos para estos cinco mil culpables. A medida que llegaban se les hacia tenderse en tierra, y colocar por cincuentenas el cuello sobre los tajos en que eran decapitados por filas. No se contentó el czar con servirse para estas ejecuciones de los soldados de su guardia. Armado él mismo con una hacha, comenzó por cortar con su propia mano la cabeza de un centenar de aquellos desgraciados, despues de lo cual, mandó distribuir hachas á todos los príncipes, á todos los magnates, á todos los dignatarios y empleados superiores, oficiales de su córte y servidumbre, y les intimó la orden de seguir su ejemplo.

« Ninguno de estos señores, entre los que se hallaban el gran almirante Apraxin, el gran canciller, el príncipe Mentschicoff, Dolgoruki, etc., no fué bastante osado para desobedecer. El carácter del czar les era bien conocido, para que ignorasen que si manifestaban la menor repugnancia en esta ocasion, hu-

bieran perdido la vida, inhumanamente confundidos con los rebeldes.

« Estos millares de cabezas fueron transportadas á la ciudad, en carros, y clavadas en barras de hierro, en las almenas de Moscú, donde permanecieron expuestas durante el reinado de este soberano.

« Los jefes de los strelitzes fueron ahorcados en las murallas de la ciudad, en frente y á la altura de la ventana enrejada por donde la princesa Sofía recibía la luz en su prision, espectáculo que no cesó de tener á la vista durante los cinco ó seis años que sobrevivió á estos desgraciados.

« Solo me resta dar cuenta de la suerte de aquellos que habiendo huido despues de la derrota de Gordon, se habian dispersado en diferentes direcciones. Se prohibió bajo pena de la vida en todo el imperio ruso, no solo darles asilo en las casas, pero ni suministrarles ningun alimento, ni siquiera agua, lo que hace creer que perecieron todos miserablemente.

« Las mujeres y los hijos de estos strelitzes fueron transportados á lugares desiertos é incultos, en donde se les señaló cierta extension de terreno, de donde ni ellos ni sus descendientes podian salir jamás.

« Colocáronse en todos los caminos reales pirámides de piedra, en las que se grabó la relacion de sus crímenes y su sentencia de muerte, á fin de transmitir

á la posteridad el recuerdo de sus odiosos atentados y el terrible castigo que por ellos recibieron. »

XVII

Esta carnicería fortificó la autoridad de Pedro en la sangre. Condenó á su hermana á perpétua prision, y reinó solo en el vasto imperio consolidado sobre las ruinas de la usurpacion y de las revueltas. Su carácter, que poseia á la vez la energía del crimen y del gobierno, no tardó en revelar toda su licenciosa barbarie en la conducta que observó con su primera mujer y sus hijos.

« La emperatriz Eudoxia Fedorowna, » dice el confidente del príncipe, « primera mujer de Pedro el Grande, fué, sin contradiccion, la mas desgraciada princesa de su tiempo. La historia mas remota ofrece pocos ejemplos de un infortunio semejante al suyo; su vida fué desde su matrimonio con el czar un tegido de trágicos acontecimientos.

« Nació en Moscú el 8 de junio de 1670. Su padre, llamado Fedor Abrahamwitch Lapukine, era poderosamente rico y pertenecía á la mas antigua nobleza

del gran ducado de Nowogorod. Ella mereció por su hermosura, la preferencia entre muchos centenares de hijas nobles que fueron propuestas y presentadas al czar, cuando el consejo de este soberano lo juzgó en estado de casarse.

« Segun costumbre establecida entónces en Rusia, cuando el czar llegaba á la edad nubil, reuníase en el gran salon de Moscú, las jóvenes mas bellas del imperio. Los jefes de las familias nobles tenian á honor enviar, de todas las provincias, sus hijas á Moscú, con objeto de que el príncipe, despues de haberlas examinado, eligiese, la que mas le gustase. En aquella reunion, despues de haber recorrido las filas de una infinidad de jóvenes rusas, se decidió Pedro I por Eudoxia Fœdorowna Lapukina.

« No duró mucho la armonía entre el czar y su mujer. La czarina era intrigante, altiva y en extremo celosa; el czar, por su parte, tenia el carácter desconfiado, el genio voluble y la complexion amorosa; además era violento en sus resoluciones é implacable con las personas á quienes habia cobrado aversion. Bien se vé que estos dos caractéres no eran hechos para vivir juntos en paz.

« El príncipe se enamoró perdidamente á los tres años de su matrimonio de una jóven y hermosa señorita, llamada Ana Moens, natural de Moscú, pero

hija de padres alemanes. La czarina Eudoxia, despues de haber perseguido vanamente á su rival, reveló sus celos á su marido, negándole su lecho é indisponiéndose con su madre política, la czarina viuda. No necesitó mas el czar, aguijoneado por Lefort, su primer ministro y favorito, y por la bella extranjera de quien estaba enamorado. Con facilidad sumo lo determinaron á ejecutar el proyecto que habia concebido de repudiar á su mujer y de encerrarla en un convento. Apénas comenzó el czar á disgustarse de su mujer, mandó consultar en secreto á los teólogos mas famosos de su imperio, para saber si podrian hallar alguna causa de nulidad en su matrimonio, á fin de poder disolverlo. Pero no habiendo sido favorables sus respuestas á sus cálculos, replicó que todos eran unos ignorantes, y que si hubiese consultado á Roma, indudablemente hubiera hallado consejeros mas hábiles.

« No por eso es ménos cierto que esta infortunada princesa se vió obligada á tomar el hábito, á pronunciar sus votos y á pasar muchos años en clausura, olvidada de la córte y de todo el mundo. En cuanto á su marido, entregado desenfrenadamente á sus pasiones, cambió con frecuencia de amantes, hasta el dia en que, seducido por los hechizos de una esclava de Livonia que el príncipe Mentschicoff le habia ce-

dido, se decidió, no solo á casarse con ella, sino á dejar la corona á los hijos habidos en ella, con perjuicio del czarowitz legítimo Alejo, hijo de Eudoxia.

« Esta czarina, habiendo sido convencida por cartas de su puño, por testigos y su propia confesion del crimen de adulterio con Gleboff, fué encerrada entre cuatro paredes en la fortaleza de Schlusselfurg, despues de haber tenido el dolor de ver condenar y perecer encárcelado á su hijo único Alejo Petrowitz y ejecutar en la plaza mayor de Moscú á su hermano Abraham Lapukine.

« La opinion general es que el czarowitz murió de una violenta revolucion causada por su sentencia de muerte y su perdon, que le fueron anunciados con algunas horas de intervalo. Pero los que tienen noticia exacta de lo que pasó en aquella época en la córte de Rusia, saben que el czar, despues de haber concedido, *pro-formula* solamente el indulto á su hijo, envió un cirujano con órden de sangrar al príncipe. « Como el trastorno ha sido grande, » le dijo, « será « menester hacer una sangría abundante, y te mando « abrirle las cuatro venas. » Así fué hecho, hallándose el czar en la ciudadela de San Petersburgo, en donde, segun el parecer de muchos, el crimen fué consumado en su presencia. »

XVIII

A Gleboff se le probaron fácilmente sus relaciones con la czarina Eudoxia, tanto por la deposicion de testigos como por las cartas interceptadas que ella le habia escrito. A pesar de estas pruebas irrecusables, persistió en negar el hecho de que se le acusaba, y tuvo la fuerza y la constancia necesarias para no decir nada que pudiese perjudicar el honor de esta princesa, á quien defendió en medio de los diferentes tormentos que le hizo sufrir el czar en presencia suya.

« Despues de haber aplicado á este caballero durante seis semanas los mas crueles tormentos que sea posible infligir á un criminal á quien se quiere arrancar una confesion, llevó el czar su crueldad hasta el punto de hacerlo andar sobre planchas sembradas de clavos, exponiéndolo en seguida y empalándolo en la plaza mayor de Moscú. Acercándose este soberano al paciente, y habiéndolo exhortado á confesar su crimen y á pensar en que iba á aparecer ante la presencia de Dios, este volvió negligentemente la cabeza hácia él, y despues de haberlo escuchado con mucha

sangre fria, le respondió con tono despreciativo:
 « ¡Preciso es que seas tan imbécil como tirano para
 « creer que, no habiendo consentido en declarar en
 « medio de los crueles tormentos que me has hecho
 « pasar, iria á empañar el honor de una mujer hon-
 « rada, cuando voy á perder la vida! Vé, móns-
 « truo, » añadió escupiéndole al rostro, « retírate y
 « deja morir en paz al que no has podido dejar vivir. »

« Eudoxia permaneció encerrada en su prision desde el año 1719 hasta el mes de mayo de 1727, sin tener mas compañía que la de una enana vieja encarcelada con ella, para que le preparase la comida, y le lavara la ropa, débil ayuda, inútil muchas veces y penosa, porque en mas de una ocasion se vió obligada á servirla á causa de sus enfermedades. »

XIX

La mujer que sucedio en el corazon de Pedro el Grande á la emperatriz Eudoxia y á sus numerosas rivales, recuerda por su romancesco advenimiento á la Roxelana de los otomanos.

Dejémos hablar al hombre que fué el testigo y el confidente mas íntimo de este suceso.

« Jamás ha habido una historia que por su bizarria y número de sucesos haya merecido ser trasmitada á la posteridad con mas motivo que la de Catalina, segunda mujer de Pedro el Grande, madre de la princesa Isabel.

« Comencémos por su origen y nacimiento, completamente ignorados de todo el mundo y de ella misma, si se la ha de creer, durante casi toda su vida y la de su marido, no obstante las investigaciones que este monarca habia hecho inútilmente por espacio de mas de veinte años, sin poder adquirir dato alguno. Hoy mismo seria un misterio impenetrable, si tres meses despues de la muerte de Pedro I, y dos años ántes de la de esta princesa, una aventura extraña, que figurará en uno de los capítulos consagrados á la historia de la vida de esta mujer extraordinaria, no hubiera hecho saber de un modo indudable, que se llamaba Skawronsky, que habia nacido en Derpt en 1686, y que habia sido bautizada en aquel mismo año en la iglesia católica romana y segun los ritos de esta religion que era la de sus padres.

« Estos, paisanos fugitivos de Polonia, sin duda alguna siervos ó esclavos, como lo son todos los paisanos en aquel reino, habian abandonado este país

para fijarse en Derpt, ciudad pequeña de la Livonia, en donde su indigencia los habia obligado á ponerse á servir para ganar su vida. Así habian subsistido con el trabajo diario de sus manos hasta el momento en que la peste que afligia á la provincia de Livonia los determinó, con el objeto de preservarse de ella, á retirarse á las cercanías de Mariemburgo. Los dos murieron contagiados, apesar de sus precauciones, dejando bajo el amparo de Dios á dos pobres criaturas de corta edad. Uno de estos niños, muchacho de cinco años escasos, fué dado á un paisano que tomó á su cargo el educarlo; la niña de tres años de edad, fué puesta en manos de un cura, llamado pastor del lugar, el cual, muriendo poco despues, con la mayor parte de los de su casa, dejó á la desgraciada criatura antes de haber dado la menor noticia sobre su nacimiento ni sobre la manera como habia sido recibida en su casa.

« Aun no habia salido de ella, cuando M. Gluck, superintendente ó arcipreste de la provincia, habiendo sabido los desastres causados por la peste en Mariemburgo, se trasladó allí para llevar al rebaño, privado de pastor, todos los auxilios espirituales que necesitaba en medio de semejante calamidad. Comenzando este arcipreste su visita por la casa del difunto cura, encontró en ella á la pobre niña, quien,

viéndolo entrar, corrió hácia él, le cogió la mano, lo llamó su padre, y lo importunó hasta que lo obligó á que le diera de comer.

« Movido á compasion, este respetable eclesiástico preguntó á quien pertenecia aquella criatura, y no logrando satisfacer su curiosidad en la casa, hizo averiguaciones, pero tambien inútiles, en la vecindad. Como ningun habitante reclamase á la desgraciada huérfana, se vió obligado á encargarse de ella y á llevarla consigo durante su viaje.

« De regreso en Riga, punto principal de su residencia, encomendó la pobre desvalida á los cuidados de su mujer. Esta virtuosa dama la educó con sus dos hijas, que eran casi de la misma edad, y la guardó en su casa en clase de sirviente hasta los diez y seis años, época en que se creyó que le cansaria su estado.

« Se supone, en efecto, que el superintendente se habia apercebido de que su hijo miraba á la sirviente con mas ternura que la conveniente en casa de un arcipreste, y que la jóven, por su parte, no veia con indiferencia el amor del mancebo.

« Sea como quiera, sus señores, temiendo que apesar de la buena educacion que le habian dado, subyugase la naturaleza su razon en el momento mas impensado, juzgaron á propósito casarla pronto con

un soldado de la guardia imperial, de guarnicion en Mariemburgo.

« Nada faltó á las formalidades del matrimonio, y si esta ceremonia no se hizo con mucha magnificencia, no por eso dejó de asistir mucha gente, atraida por la curiosidad de ver á los novios. Aun hay declaraciones de personas fidedignas que asistieron al casamiento.

XX

« Este hombre, alistado al servicio de Carlos XII, rey de Suecia, en calidad de simple soldado de caballería, se vió obligado á los dos dias de la boda á dejar á su mujer para ir á reunirse con el rey de Suecia que lo llevó á Polonia, en donde hacia una guerra vigorosa al rey Augusto. Catalina se quedó en casa de M. Gluck esperando la vuelta de su marido, sin que su cambio de estado alterase su condicion; es decir, que continuó de criada hasta el momento en que los males de la guerra que los rusos hacian en Livonia, le abrieron el camino, espinoso al principio, que la encaminó á la brillante posicion á que llegó mas tarde.

« El superintendente cambiaba de residencia segun lo exigian las circunstancias. Hallábase en Mariemburgo cuando esta ciudad fué inopinadamente sitiada y embestida por el feld-mariscal Scheremetof, general de las tropas rusas. Admirado de la belleza de Catalina, á quien vió en casa de M. Gluck, la guardó prisionera de guerra y la agregó á sus esclavas. Su talle esbelto y la hermosura de su rostro eran bastante notables para que le llamara la atención, mientras que el arcipreste le dirigia una arenga, y no es extraño que sabiendo que era de condicion servil, tuviese tentaciones de apropiársela, apesar de las observaciones del superintendente. De esta suerte dejó la casa de este para entrar en la del feld-mariscal.

« Despues ha confesado que esta separacion, primer peldaño de su fortuna, le habia causado mucho sentimiento. Además de pasar de la condicion libre á la de esclava y á casa de un hombre que no conocia, era muy natural que conservase aficion á una familia que la habia criado, y debia serle doloroso verse separada de ella por el resto de sus dias.

« Las pruebas que ha prodigado en lo sucesivo del extremado afecto que profesaba á esta familia, han sido inequívocas, y se puede decir que bajo este aspecto, está exenta del reproche de ingratitud. Apénas pudo dar al superintendente pruebas de su agrade-

cimiento, llamó á sus hijos á la córte de Rusia, y los colmó de honores y beneficios. »

No he creído que debia omitir el hacer resaltar la nobleza de los sentimientos de Catalina; pero en cierto modo seria separarme del asunto que me ocupa, extenderme mas acerca de este particular.

Sigámosla en su nueva condicion.

« Sabido es el poder que ejercen los señores sobre sus esclavos. El de los rusos era tan exorbitante, que tenian sobre ellos el derecho de vida y muerte sin la menor forma de proceso. Bien se comprende que no se habia apoderado el feld-mariscal de Catalina para condenarla á muerte, y ella lo conoció desde el primer dia en que entró en su casa. Los sentimientos nobles y desinteresados no están en boga en los pueblos en que existe la esclavitud; la pasion habla en ellos como un señor que quiere ser obedecido sin resistencia, y el esclavo, por temor ó respeto tiene que hacer lo que una pasion violenta le inspiraria en un país libre.

Seis ó siete meses hacia ya que vivia en esta casa, cuando el príncipe Mentschikoff fué á Livonia para encargarse del mando del ejército ruso, en reemplazo del feld-mariscal Scheremetof, que recibió orden de ir á incorporarse con el czar en Polonia. La necesidad de no perder tiempo le obligó á dejar en Livo-

nia los criados que no le eran indispensables. De este número era Catalina. Mentschikoff la habia apercibido mas de una vez en casa del feld-mariscal y la habia hallado muy agradable. Propúsole á Scheremetof que se la cediese: este consintió en ello, y de esta manera pasó al servicio de Mentschikoff.

« Este príncipe era mas jóven y ménos serio. Ella unió un poco de gusto á la sumision que le debia, y supo de tal modo cautivar su ánimo, que pocos dias despues de haber entrado en la casa, no se sabia cual de los dos era el señor ó el esclavo.

« En este punto estaban las cosas cuando el emperador partió en posta de Petersburgo (llamado entonces Neuhaus), en direccion de Polonia. Apeóse en Livonia en casa de su favorito Mentschikoff, y viendo á Catalina entre las esclavas que servian á la mesa, se informó de donde era y como la habia adquirido. Despues de conversar de esto confidencialmente con su favorito, que le respondia solo con movimientos de cabeza, miró mucho á Catalina, le hizo varias preguntas, descubrió su talento, se la quitó á Mentschikoff mientras permaneció en su casa, y dió al marcharse por toda muestra de liberalidad, á la hermosa esclava, una moneda del valor de diez francos.